





Vlad no se preocupó en lo más mínimo por estar presente durante el nacimiento de su segundo hijo con Vasilissa: un varón, un año menor que su hermana y que prácticamente había pisado los talones de la niña para llegar al mundo.

La nodriza terminó de asear al recién nacido y se lo entregó a su madre. El niño era diminuto y perfecto, su boca tenía la forma de un capullo de rosa y su cabeza estaba cubierta de abundante cabello negro. Vasilissa yacía, sin decir palabra y con la mirada glacial fija en la pared. Sus ojos nunca se posaron en su hijo. La nodriza sintió que alguien le jalaba de la falda y volvió su atención hacia abajo, donde se topó con Lada, que la observaba con el ceño fruncido.

—Un hermano —le dijo, con voz suave, al tiempo que inclinaba el bebé en dirección a su hermana.

De pronto, el niño echó a llorar con un sonido confuso y débil que inquietó a la nodriza. Por su parte, Lada acentuó el gesto de desdén y golpeó al bebé en la boca, pero la mujer lo apartó a toda prisa.

—¡Mío! —exclamó Lada, con la expresión desfigurada por la ira.

Era su primera palabra.

La nodriza, estupefacta, lanzó una carcajada y volvió a inclinar hacia abajo al recién nacido. Después de mirarlo hasta que él dejó de llorar, Lada, aparentemente satisfecha, salió del dormitorio con sus pasos tambaleantes.

